

Vestido azul (prosa espontánea)

Animal

Image not found.

Capítulo 1

Casi me dan ganas de ponerme nervioso. Pero no lo hago. Cuando me pongo nervioso la sangre fluye por mi cuerpo, siento la energía y las ganas de explotar, corro y hago lo que debo hacer. Atropelladamente quizás, pero lo hago. Pero ahora veo ese culito meneándose debajo de ese vestido azul y apenas siento algo. No puedo quitarle los ojos de encima, pero eso no alcanza para acelerar mis fluidos. Un culo es sólo un culo; un culo con cara es un culo de mujer. El vestido es corto y apretado, muy apretado. Las costuras se arrugan hacia un lado y hacia otro, pero debajo el culo sigue firme, balanceándose de un lado a otro. La curiosidad me gana y decido buscarle el frente. Debo ver esa cara, esos pechos que adivino no demasiado grandes. El culo para ante un semáforo y me adelanto un par de pasos. Miro hacia atrás disimuladamente, pero en seguida abandono todo intento de disimulo. Su cara es dura y hermosa. Sus ojos se abren y se arrugan, grises o azules. La nariz es suave, la boca es pequeña y brilla muy despacio, ligeramente rosada. Ella mira con su expresión dura, pero no trata de decirme nada. Su vestido es aún más hermoso por delante; sus pechos no demasiado grandes. Ella es perfecta y yo me pongo nervioso. Excelente.

Entonces desvía su mirada y sigue caminando. El semáforo está en verde. Corro y agarro su brazo. Ella trata de liberarse impulsivamente, pero la tengo atrapada. Entonces me mira y yo la miro, detenidos en mitad de la calle. Sin decir nada la arrastro de vuelta a la acera. Ella sólo mira; su cara es dura.

—Vamos a tomarnos algo —digo estúpidamente.

Ella sigue mirando.

—No puedo, debo ir a un sitio —responde, desviando la mirada.

—Sólo un café, vamos. O tal vez también un whisky. Uno solo.

Ella suspira. Sigue mirando a la distancia, buscando razones para decir que no. Para decirse que no a sí misma. Llevar un vestido como ese no le permite decir que sí. Pero ella sabe que he visto su culito y que lo deseo. Que la deseo.

—¿Qué quiere señor? Estoy ocupada con... No es importante.

—La quiero a usted. Si no tiene nada que hacer me gustaría que me acompañara un rato —arriesgo.

—No soy una dama de compañía —no hay señal de disgusto en su voz.

—Lo sé, pero me gustaría que me acompañara un rato. Vamos, yo sé que usted también quiere.

—Dígame dónde es su apartamento.

—Aquí, justo aquí, a dos calles. Vamos, nos divertiremos —imaginé su precioso vestido azul tirado en el suelo de mi apartamento: comprimido, arrugado y pequeñito.

—Está bien. Lo sigo.

Así que comencé a caminar. Ella me seguía por detrás, sin querer caminar junto a mí, sin querer establecer una conversación. De vez en cuando me volteaba para asegurarme de que seguía allí.

—No se preocupe, no desapareceré. Pero no deseo conversar ahora, no hay nada que podamos hablar. Sólo lléveme a su apartamento.

Llegamos frente a la puerta y la abrí para dejarla pasar. Pero ella no se movió. Entré y ella entró detrás de mí. Subimos trabajosamente los tres pisos por la escalera. El ruido del taco de sus sandalias rebotaba contra las paredes del viejo edificio. Mi apartamento estaba completamente desordenado, pero al menos la luz entraba por las ventanas y lo iluminaba con un resplandor blanco agradable. Ella miró alrededor sin mucho interés. La tomé de la muñeca y la llevé hasta la habitación. Sólo había un colchón en el suelo con unas sábanas limpias y bonitas.

—¿Prefiere que me desnude en seguida o me dejen el vestido?

—Déjese el vestido por favor. Siéntese en la cama si gusta. ¿Desea un café o un té?

—No, me gusta beber después, no antes —dijo mientras se sentaba sobre el colchón, cruzando las piernas brillantes y tostadas por el sol.

Me miraba desde el colchón y yo la miraba parado delante. La deseaba y quería pensar que ella también me deseaba. Sentía ganas de que me hablara, de que me dijera qué sentía y qué había sentido cuando la detuve en la calle. Pero aquella mujer sin nombre no quería hablar, sólo quería que yo hiciera lo que tenía que hacer. Fui a la cocina y puse a calentar agua. Mientras, aproveché de ir al baño y echar una meada. Me miré al espejo y me vi a mí mismo; me mojé la cara y me vi nuevamente a mí mismo. No supe qué significaba esa expresión y salí y me preparé el café. En la habitación me senté en el colchón, mirando a aquella mujer mientras sorbía lentamente el café. Ella sólo miraba con su expresión

dura. Pero de pronto comenzó a hablar.

—¿Quieres hacerlo o no? —me sorprendió que comenzara a tutearme. Me gustaba— Lo siento, no es que esté impaciente, pero de veras quiero estar segura de que vamos a hacerlo. Si no quieres no lo hacemos, me da igual, pero debo estar segura.

—Oh sí, vamos a hacerlo. Te deseo. Te deseo enormemente.

—¿Te gusta mi vestido azul?

—Oh sí, mucho. Muchísimo.

—Es todo tuyo, el vestido y su contenido. Es todo tuyo.

—¡Vamos! Creo que eres más que un contenido. Eres una dama perfecta en un vestido perfecto. Eres una cara dura y hermosa con un culo blando y hermoso.

—En la calle, ¿te he parecido una señorita respetable? ¿Te ha parecido que debajo de este vestido no había nada, sólo una señorita respetable de esta gran y pobre ciudad?

—Oh no, para nada. Supe inmediatamente al ver ese culo que eras una mujer. Una mujer de verdad, una mujer con garras y gemidos.

—¿Te lo has imaginado o lo has visto? ¿Qué ves en mí?

—Veo eso. Te veo a ti. Veo tu espalda crisparse debajo mío y tu boca proferir un suspiro tremendo y desgarrador. Te veo disfrutar enormemente sin sonreír. Tú no sonríes porque sabes lo que es el placer. Estás interesada en la vida.

—Esa soy yo entonces. Si así lo deseas yo soy así. Vamos, ¿qué vas a hacer?

Alargué el brazo por encima de su cuerpo, que se recostaba lentamente, y deposité la taza de café a medio tomar sobre el escritorio. Tomé su pequeña cara por la mejilla y la besé. Su lengua era fría, casi helada. Se movía con avidez por mi boca y mi lengua y mis dientes. Apoyé mi erección en su vientre. Recorrí con mis manos su cuerpo completo sobre el vestido azul. Besé y mordí y chupé su cuello. Ella comenzó a temblar y a gemir levemente, ahogando el sonido de su respiración. Con una mano levanté su vestido y corrí su calzón. Ella abrió las piernas lo más que pudo, sólo hasta donde le permitía su calzón que colgaba a mitad de sus muslos. Sentí mucha presión y mucho calor al penetrarla. Su interior estaba humedecido por completo y se movía desordenadamente. Sus uñas recorrían mi espalda, clavándose cada vez que yo embestía contra

ella. Me dolía y me excitaba y ella me apretaba con fuerzas y apretaba sus piernas y hacía todo más difícil y más forzado. Pero yo embestía con fuerza y sus piernas se abrían y ella gemía y gritaba en una sola voz. Me dio la estúpida sensación de que le dolía y comencé a emplear aún más fuerza. Un rato después habíamos terminado; completamente agotados los dos recuperamos el aliento de espaldas sobre el colchón.

—Ahora sí me gustaría una taza de café.